

La muerte del español

Thriller de misterio en Albox

Diego Marquéz

2026

- Extracto -

Copyright © Diego Marquéz

Corner Shop, Camino de Aljambra, 04800 Albox, Almeria,
España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida
la reproducción o el uso de cualquier parte de
este libro sin la autorización expresa y por
escrito del autor.

Publicado en España

ISBN: 9798174002708

Tabla de contenido

La mesa.....4

El secreto bajo el marco.....9

La descodificación.....13

El emigrante temporal de Albox.....16

El ruido y el sueño.....19

Este libro está basado en hechos históricos reales y en personajes de la historia contemporánea de 1980. Sin embargo, ciertas escenas, diálogos, personajes y tramas han sido novelados o inventados por razones dramáticas.

La mesa

El olor a piedra mojada, polvo fino de amoladora y madera envejecida durante décadas flotaba densamente en el espacioso taller de Albox, en Almería. Fuera, el sol del mediodía caía implacable sobre el techo plano, sumergiendo la estancia en una penumbra dorada y polvorienta, mientras que en su interior el tiempo parecía haberse detenido.

Raffael estaba junto al viejo banco de carpintero, con la mirada profundamente hundida en un pesado vaso de cristal en el que el coñac de color ámbar golpeaba con fuerte oleaje. Tomó un trago largo, sintió el ardor en la garganta y pensó en los acontecimientos que en los últimos días habían pendido como sombras oscuras sobre sus cabezas. El pasado no se dejaba lavar fácilmente como el lodo de las botas; se aferraba a ellos, espeso como la resina e implacable como la dura tierra del sur.

Unos pasos más allá, Matteo hincaba las rodillas en el suelo de hormigón. Delante de él se alzaba una mesa de centro antigua, una pieza de considerable peso que hacía poco habían rescatado de una herencia liquidada en los

alrededores. Matteo estaba completamente absorto en su trabajo. Con una minuciosidad que solo se encontraba en alguien que no consideraba la piedra como un material muerto, sino como un archivo vivo, acarició con las manos abiertas la superficie de la mesa.

—Mira esto, Raffael —dijo Matteo en voz baja, casi con reverencia, sin apartar la vista de la superficie—. Sus yemas de los dedos se deslizaban sobre el mármol, que había permanecido oculto bajo años de suciedad y cera—. Esto no es trabajo en cadena. Ninguna sierra mecánica fría que atravesase brutalmente la estructura.

Raffael no reaccionó de inmediato. Giró lentamente el vaso en su mano y se quedó mirando los reflejos de luz danzantes en el alcohol.

—¿Y qué? Una mesa vieja, qué va a ser —murmuró finalmente Raffael con voz ronca, dio otro trago y desvió la mirada hacia el mueble solo un instante. Para él, aquello era primero madera y piedra, desgastadas por el tiempo.

—No, no lo entiendes —replicó Matteo, y su voz creció en entusiasmo. Se echó un poco hacia atrás y señaló las ondas irregulares y suaves de

la placa—. Ven aquí y tócala. ¿Lo sientes? Esas son las huellas reales del trabajo manual. Cada pequeño relieve, cada mínima irregularidad delata el cincel, la presión de la mano, el ritmo del cantero de antaño. Esta cosa tiene alma. Respira historia.

Matteo se levantó, se sacudió el polvo de los pantalones y se acercó a la mesa. Se inclinó hacia delante, agarró los cantos de la pesada placa y examinó la construcción desde un lateral. Sin embargo, cuanto más observaba las patas y la subestructura, más se estrechaban sus ojos con desconfianza. La forma en que la piedra estaba empotrada y atornillada en el cuerpo de madera no parecía la de una ebanistería corriente. Era maciza, casi bloqueada, como si se quisiera proteger algo valioso de miradas indiscretas.

—Ayúdame un momento —dijo Matteo, mirando a su amigo—. Quiero ver la mesa por debajo. Yo solo no puedo voltear este monstruo sin dañar los cantos.

Raffael suspiró suavemente, dejó el vaso de coñac con decisión sobre el banco y se pasó el dorso de la mano por la boca. La pesadez de sus miembros cedió al instante ante la rutina de

décadas cuando la ocasión lo requería. Se acercó al otro lado de la mesa.

—Si crees que tenemos que desmontar escombros antiguos aquí —murmuró Raffael a regañadientes, pero sus manos ya se aferraban firmemente bajo el marco macizo.

—Agarra —indicó Matteo—. A la tres.

Con un esfuerzo conjunto y coordinado, levantaron la pesada mesa. Los músculos de sus antebrazos se tensaron mientras el mueble basculaba lentamente. La madera pesada crujió de manera audible bajo la carga, y una pequeña nube de polvo seco y serrín amarillento se elevó desde la parte inferior. Guiaron la mesa con cuidado hacia un lado hasta que finalmente quedó boca abajo sobre una estera de goma blanda que Matteo había preparado expresamente.

Ambos respiraron hondo. El aire del taller parecía aún más denso tras el revuelo del polvo. Matteo no dudó ni un segundo. Se arrodilló de inmediato, cogió una linterna que estaba sobre la mesa y encendió el haz de luz brillante. Desplazó la luz sobre los puntales de madera y la parte inferior en bruto y sin procesar de la placa de mármol.

—Mira esto —susurró Matteo, y un silencio repentino y helado se adueñó del taller.

Raffael dio un paso más, se agachó y miró la sombra bajo la mesa. Allí, oculto bajo una hendidura fresada a mano en la madera, sellado bajo una capa de resina vieja y transparente, no se encontraba un cimientó común. Era una marca. Una combinación de cifras exacta y profundamente grabada, y un símbolo geométrico inconfundible trabajado directamente en la piedra y provisto de una capa protectora, exactamente esa caligrafía que en el norte jamás se habría debido encontrar.

La silenciosa presencia del símbolo los golpeó a ambos con la fuerza de un martillazo. La vieja mesa no era una herencia casual. Era un escondite.

El secreto bajo el marco

La luz brillante de la linterna cortaba con fuerza la penumbra brumosa del taller, mientras Matteo miraba hechizado la parte inferior del pesado mueble. La marca había sido cincelada profundamente, con absoluta precisión y una maestría inconfundible, directamente en el frío mármol de la mesa. Cada muesca llevaba la firma de una época que creían enterrada hacía tiempo.

—Raffael, pásame la lupa del banco de trabajo —pidió Matteo con voz ronca, sin apartar ni un solo segundo el cono de luz de aquel punto misterioso. No quería perder de vista aquel detalle bajo ningún concepto.

Raffael, que acababa de enderezarse, se giró brevemente, cogió la pesada lupa de latón y se la tendió a su compañero. Matteo la recibió mientras giraba sobre el duro suelo de hormigón buscando el ángulo perfecto para la luz que entraba. Sin embargo, el esfuerzo mostró enseguida sus límites.

—Mierda, así no sirve —bufó Matteo frustrado, presionando la lupa con más fuerza contra la roca—. La marca se extiende hacia afuera, pero

justo ahí queda tapada por el marco de madera. Así no podemos llegar.

Raffael se acercó, se inclinó y examinó las macizas listones de madera que sujetaban firmemente el mármol. El escepticismo se reflejaba en su mirada al inspeccionar las antiguas uniones dentadas.

—Bueno, ojalá que esto aguante siquiera —masculló Raffael sacudiendo la cabeza con desconfianza—. El marco no tiene pinta de soportar mucho peso después de tantas décadas. Si le metemos mano con herramientas, la madera carcomida se nos va a romper en las manos y la placa correrá peligro.

—Qué va, si ya lo conseguimos —descartó Matteo con la mano, y en sus ojos brilló esa ambición inquebrantable que lo impulsaba en cada restauración—. Después de todo somos profesionales, ¿o es que ya se te ha olvidado?

—Bueno, como veas —asintió al fin Raffael, rindiéndose a su suerte, y se dio la vuelta para buscar la caja de herramientas.

Siguió una tarea agotadora que se alargó durante horas. Con infinita paciencia, finos cinceles, pequeños martillos de guarnicionero y destornilladores adecuados, ambos hombres se

pusieron manos a la obra. Cada tornillo que llevaba años oxidado exigía tacto; cada taco de madera atascado en la vieja cola amenazaba con reventar la estructura. Era un trabajo de pura precisión en el que el tiempo perdía su significado. El polvo fino se depositaba en sus frentes y los músculos de sus manos se contracturaban por la tensión constante.

Las horas pasaron en el polvoriento taller de Albox hasta que por fin, tras innumerables movimientos, un crujido seco y sutil resonó en la estancia. La vieja estructura de madera cedió. Con un tirón prudente, Raffael apartó el último travesaño de madera y dejó la placa de mármol completamente al descubierto.

—¡Lo ves! —exclamó casi jubiloso Matteo, y una risa aliviada brotó de su garganta mientras se secaba el sudor de la frente—. Nada roto. Somos unos auténticos profesionales.

Raffael respiró hondo, apoyó las manos en la cadera y examinó la obra maestra expuesta. Una sonrisa de reconocimiento cruzó su rostro. —Mis respetos. Sinceramente, no me habría jugado ni un céntimo a que la madera sobrevivía a esto.

Se acercó al banco de trabajo, cogió su vaso de coñac aún medio lleno y se dirigió a Matteo. —

¿Brindamos por ello?

—No, hombre, yo no —rió Matteo sacudiendo la cabeza en señal de negativa, mientras se inclinaba de nuevo con profundidad sobre el mármol descubierto para estudiar las marcas ahora totalmente visibles—. Tengo que estar despejado y con la absoluta concentración intacta.

—Venga ya, un trago pequeño no le hace daño a la concentración, al contrario, después podré pensar mucho mejor —se justificó Raffael con una sonrisa pícara, dio un trago largo al vaso y miró hacia abajo, hacia el enigma que ahora yacía ante ellos bajo la luz clara.

La decodificación

Matteo no terminaba de dar crédito cuando el haz luminoso de su linterna se deslizó sobre la superficie tallada a mano y ahora totalmente visible. Los signos esculpidos profundamente en la piedra emergían con nitidez de cuchilla y no dejaban margen para la duda.

—¿Sabes realmente lo que pone aquí? — preguntó con voz temblorosa, levantando la vista hacia su amigo.

—Qué sé yo, si no soy adivino —rió Raffael en voz baja mientras sorbía de su vaso de coñac, para añadir luego con una sonrisa—: Pero me lo vas a contar de todos modos.

Matteo tragó saliva con fuerza. Su garganta estaba seca como el suelo polvoriento del exterior del taller. Pasó lentamente las yemas de los dedos por las frías hendiduras de la marca para cerciorarse por última vez de que no era una ilusión sensorial. Cada arista se sentía real e inconfundible. A continuación, volvió a enfocar con la linterna exactamente el punto y se sirvió de la pesada lupa de latón para examinar cada carácter con fidelidad de detalles.

—Aquí pone... —contuvo brevemente el aliento y

volvió a tragar saliva—: ...CANTERA COBOS —
J.A.Q. — DM / 80 - 03 / EX.

Raffael lo miró fijamente; la diversión se desvaneció de su rostro al instante. —¿De verdad quieres decir...? —se detuvo a mitad de la frase, como si el mero hecho de pronunciar el nombre pudiera invocar la desgracia.

—Sí, Raffael, esto es una placa de mármol de José Artero Quíles —confirmó Matteo en voz baja y solemne.

—¿Crees que...? —balbució de nuevo Raffael, estupefacto ante el alcance de semejante descubrimiento.

—Sí, estoy completamente seguro —asintió Matteo con determinación—. Estas marcas eran por entonces totalmente únicas. Ninguna otra cantera podía ni sabía utilizar exactamente esta combinación.

—¿Y EX? ¿Qué significa eso? —inquirió Raffael mientras dejaba bajar el vaso.

—EX es exportación. En aquella época la placa estaba destinada al extranjero.

—¿A qué extranjero, pues? —preguntó Raffael con impaciencia—. ¿Cómo vamos a saberlo?

—En el fondo es muy sencillo —resopló Matteo

profundamente, con el corazón martilleándole en el pecho—. Aquí, mira las siglas: DM. Eso significa Marco Alemán (Deutsche Mark). La placa fue directa a Alemania en su día.

—¿A Alemania? ¿Y cómo es que vuelve aquí en forma de mesa? Vaya tontería —se le escapó a Raffael incrédulo.

—Pues sí, mira la madera del marco desmontado —replicó Matteo señalando los tablones desarmados en el suelo—. Siente la veta. Es roble alemán. Crece con ritmos totalmente diferentes y tiene una densidad completamente distinta a la de los robles de aquí, de España.

El silencio se adueñó del taller. De repente, a Raffael le cruzó por la mente un enigma gigantesco y apenas abarcable. Se cerraba un círculo que había comenzado décadas atrás en el baño de sangre de Eskoriatza y que ahora, en el corazón de Albox, parecía completarse de un modo siniestro.

El emigrante temporal de Albox

Matteo se frotó pensativo la barbilla polvorienta y se enderezó lentamente mientras el peso del descubrimiento flotaba en el ambiente. Apartó la vista de la placa de mármol expuesta para mirar hacia el resplandeciente sol que brillaba más allá de los grandes ventanales del taller, como si quisiera viajar atrás en el tiempo.

—¿Quién era en realidad José Artero Quíles? —preguntó Raffael en voz baja, casi hablando para sí mismo, mientras saboreaba el coñac en la lengua—. ¿Cómo demonios acaba una placa así precisamente aquí, en nuestra mesa?

—Nació en 1937 o 1938, hoy en día ya no se puede determinar con tanta exactitud en los viejos libros parroquiales de El Llano del Espino —explicó Matteo exhalando profundamente—. Pero su historia la conoce aquí abajo, en el valle del Almanzora, casi cualquiera que recuerde los viejos tiempos.

Matteo se acercó al banco, apoyó las manos en la tabla de madera y continuó: —En los años sesenta o principios de los setenta, en plena gran oleada de emigración, se fue a Alemania como un simple trabajador invitado

(Gastarbeiter). Allí bregó, duramente y sin descanso, en las fábricas y naves industriales. Mientras otros se gastaban el dinero en coches o en la vida en el extranjero, José ahorró, dio dos vueltas a cada céntimo y mandaba regularmente la mayor parte de sus duros marcos alemanes a España, donde su familia guardaba cada billete a buen recaudo.

Raffael asintió lentamente. —Sí, aquello fue la salvación para muchos por entonces. Pero los tipos de cambio... aquello era una auténtica locura, ¿no?

—Decir mareante es quedarse corto —replicó Matteo con una sonrisa amarga—. A veces el cambio estaba a uno a cuarenta. Por un solo marco alemán te daban cuarenta pesetas. Si eras trabajador en el norte y mandabas a casa unos cuantos miles de marcos, en un abrir y cerrar de ojos te convertías en un hombre rico en España. De un normal trabajo de fábrica en el norte frío surgía de la noche a la mañana un capital inicial masivo aquí en el sur.

—Y fue precisamente ese dinero alemán el que invirtió en el negocio del mármol —concluyó Raffael, mientras las piezas del puzle iban componiendo en su cabeza una imagen

inquietante.

—Exactamente —confirmó Matteo—. Regresó con grandes sueños, compró los mejores bloques en bruto directamente aquí en Macael y quiso llegar alto. Incluso se expandió hasta el País Vasco, fundó allí un almacén con la intención de conquistar el gran mercado. Pero con el dinero vino también la envidia, y con la riqueza, el peligro. Y al final, exactamente ese orgullo le costó la vida.

El ruido y el sueño

El ruido infernal de la nave industrial era una bestia monótona y martilleante que desgarraba los tímpanos sin piedad. Las prensas de toneladas roncaban al unísono, el acero chocaba contra el acero, y en el aire cargado y viciado de polvo industrial flotaba el olor denso a aceite caliente, caucho quemado y sudor.

Para la mayoría de los obreros sobre el suelo de hormigón sucio, aquel lugar era una pesadilla cotidiana, un molino gris que trituraba sus huesos y devoraba su energía vital. Sin embargo, José Artero Quíles apenas oía ya el estruendo. En su cabeza sonaba un ritmo completamente diferente, un compás de esperanza sordo y obstinado que lo impulsaba sin descanso.

José estaba junto a su máquina, con el rostro marcado por el hollín y el sudor, y los músculos de los antebrazos tensos hasta el límite. Con precisión mecánica introducía las piezas mientras sus pensamientos se encontraban a mil miles de kilómetros de aquel lugar inhóspito. Una y otra vez hurgaba en el bolsillo del pecho de su chaqueta buscando la libreta arrugada en la que

anotaba meticulosamente cada céntimo ganado, cada hora extra y cada cantidad cambiada. Con los dientes apretados, calculaba mentalmente las cifras mientras la máquina traqueteaba frente a él.

Si este mes todavía hago los turnos dobles del fin de semana, se decía por millonaria vez, y el tipo de cambio del marco se mantiene estable... sí, si mis cálculos no fallan, en unos meses podré dejarlo definitivamente.

El pensamiento de la fecha de la despedida sabía en su lengua como un vino dulce. Por fin salir de aquel ruido, salir del frío del país extraño, regresar al sol dorado de Andalucía. Volver al conocido valle del Almanzora, allí donde el aire olía a tierra seca, azahar y al polvoriento ypreciado mármol de Macael. Allí comenzaría su propio negocio de mármol. No para ser un comerciante pequeño e insignificante, sino un hombre que marcara el ritmo del mercado.

Examinar los bloques con sus propias manos, determinar la calidad y poner los cimientos de un futuro que se les había negado a sus padres y abuelos.

A su alrededor, los demás trabajadores invitados vivían bajo un compás muy distinto. Era verano y

el tiempo de vacaciones tocaba a la puerta. En los alojamientos y pasillos de la fábrica no se hablaba de otra cosa: el viaje de regreso a casa. Sus compañeros hacían las maletas, hablaban con orgullo de sus planes y ahorran para comprarse su primer coche propio. Algunos ya se habían procurado desde semanas antes Opel o Ford de segunda mano y cascados con los que pretendían recorrer la interminable ruta a través de Francia y España para presumir ante los suyos.

Empezaban a construirse casas modestas en sus pueblos natales. Sencillas y pequeñas viviendas de cemento y piedra, levantadas con esfuerzo piedra a piedra, pero al fin y al cabo: sus cuatro paredes propias, un trozo de patria, una prueba visible de que la esclavitud en el extranjero había valido la pena.

José se alegraba por ellos. Pero él no tenía cabeza para ese orgullo superficial. Un coche pequeño o una casita que al final apenas diera para el día a día no eran suficientes para él. Quería hacerlo de otra manera.

Quería triunfar de verdad. La idea de seguir siendo el resto de su vida un trabajador mediocre y prescindible que se arrastraba de

nómina en nómina le encogía la garganta. Ese no era el motivo por el cual había abandonado su tierra, dejado atrás a su familia y emprendido el duro camino de la privación.

Soportaba la pesada carga del trabajo duro, la constante morriña, las barreras del idioma y el ruido infernal de la fábrica únicamente porque su meta se alzaba ante él con una claridad inalcanzable.

José tenía sueños gigantescos, y sabía que no eran quimeras. Estaban al alcance de la mano, sostenidos por la inmensa fortaleza de la moneda alemana y la voluntad inquebrantable de un hombre que había decidido tomar su destino en sus propias manos.

El comercio del mármol en el valle del Almanzora era un negocio próspero y sumamente lucrativo para aquellos que tenían el valor y el capital necesario para llegar a la cima. Y José Artero Quíles juró en aquella polvorienta tarde junto a la máquina ruidosa que no solo formaría parte de ese negocio, sino que ayudaría a moldearlo.

Las piedras de Macael pasarían por sus manos, viajarían al norte y sentarían la primera piedra de una nueva vida. Entonces, en aquella nave gris, no sospechaba que precisamente ese sueño y

las duras marcas grabadas en la roca atraerían un día sobre él la ira y las sombras asesinas del norte. Él solo veía la luz del sur que le esperaba al final del túnel.